

UNA LITURGIA JOVEN: EL CASO TAIZÉ¹

Claudio Monge, OP²

Después de más de treinta años de frecuentar asiduamente la comunidad ecuménica y monástica de Taizé, fundada en Borgoña por el pastor calvinista, hermano Roger Schutz, quedamos convencidos de que uno de los secretos de la extraordinaria atracción ejercida por este lugar sobre los jóvenes (y siempre más sobre los menos jóvenes) es precisamente su liturgia.

Taizé ha indudablemente renovado, y en algún modo alterado, la tradición litúrgica monástica. (...) El estilo de Taizé reacciona contra cualquier arqueologismo o cualquier capricho literario o filológico de élite. Aunque ha nacido en el corazón de la reforma, la Comunidad toma a la letra la invitación del Concilio Vaticano II, anticipado con insistencia por Juan XXIII, a trabajar no solamente en la conservación de un tesoro sino también en su “traducción”, en un sentido más amplio, de modo que la liturgia sea comprensible al hombre moderno y más adecuada a la sensibilidad de nuestro tiempo. (...) En esta adaptación continua de la práctica litúrgica, la comunidad de Taizé no ha perdido nunca la disciplina del tiempo y del espacio, del cuerpo y del espíritu, de la palabra y del silencio, ingredientes, desde siempre, esenciales de la liturgia de la iglesia y, en particular, de la liturgia monástica³.

1 Artículo tomado de la *Rivista di Pastorale Liturgica* n. 236, 1/2018, Editrice Queriniana, Brescia, Italia, pp. 21-25. Traducido por las hermanas del Monasterio de Nuestra Sra. de Quilvo, Chile.

2 Doctor en Teología de las religiones, vivió dos años con Fr. Roger Schutz en la comunidad monástica ecuménica de Taizé. Reside en Estambul, donde es responsable del Centro de documentación interreligiosa de los Dominicos. Consultor del Pontificio consejo para el diálogo interreligioso

3 C. MONGE, *Taizé. La speranza condivisa*, EDB, Bologna, 2016, pp. 50-51.

Desde finales de los años `70, en Taizé se inició una evolución para hacer de la liturgia la prolongación de una acogida que expresa una cercanía humana y espiritual que asocia simplicidad de medios y confianza incondicional en cada una de las personas recibidas, considerada como digna de escucha y de ayuda. Si los huéspedes de pocos días o de una semana entera, encuentran un programa a veces adaptado a exigencias y sensibilidades diversas, todos son invariablemente invitados a detenerse y reencontrarse para tres momentos litúrgicos cotidianos: a la mañana, a mediodía y a la tarde. De hecho, la liturgia es la única prioridad que incluso puede interrumpir la actividad de una recepción incesante de los recién llegados: porque no hay nada más grande para ofrecer que la posibilidad de vivir un encuentro con el Señor que da sentido al congregarse mismo de tantas personas.

Al hablar de una acogida atenta a la diversidad de exigencias, no nos referimos solo a la variedad confesional de los peregrinos y de las expresiones lingüísticas sino, más aún, al hecho de que muchos de ellos están, algunas veces, poco acostumbrados a la vida de oración o totalmente en ayunas de cualquier experiencia litúrgica. Se hace necesaria, por tanto, una propuesta capaz de unir, en un perfecto equilibrio, belleza y esencialidad al servicio de la Palabra de Dios, para que ninguno se quede como simple espectador pasivo de las celebraciones, sino más bien invitado a ir más allá de sí mismo. Como recuerda el actual prior de la Comunidad, hermano Alois, simplificar no significa empobrecer, sino hacer más transparente el corazón del Evangelio. Por eso, entonces, la repetición apasionante pero no obsesiva de cantos y música de fácil aprendizaje. Pocos textos esenciales y poquísimos discursos, más bien una fuerte focalización sobre frases clave, traducidas en diversas lenguas para poder convertirse más fácilmente en *leitmotiv* de la vida. Este estilo se inspira, en el fondo, en la antigua tradición cristiana oriental del *hesicasmo* y aquella más occidental de la *lectio divina* y lectura atenta de la Palabra que se convierte en ejercicio de la *manducatio verbi*: la meditación que deja resonar el texto en todas sus dimensiones. En Taizé la liturgia no quiere ser didáctica sino que es la propuesta de una experiencia que tiene como objetivo el encuentro personal con Dios: un Dios a quien dejar rezar en sí mismo, incluso más que a quien rezarle, en un progresivo descenso en Su profundidad. El Hermano Roger ha compartido repetidamente algo de su búsqueda espiritual, invitando con insistencia a no buscar en la oración respuestas que descuiden la dimensión humana.

“En cuanto a mí –confesaba, entre otras cosas– no sé cómo rezar sin el cuerpo. No soy un ángel, y no me molesta. En ciertos momentos soy consciente de rezar más con el cuerpo que con la inteligencia. Una oración en contacto con la tierra: arrodillarse, postrarse, mirar allí donde se celebra la eucaristía, servirse del silencio tranquilizante como de los ruidos que provienen del pueblo. El cuerpo está ahí, vigilante, para escuchar, comprender, amar. Ridículo querer prescindir de él⁴”.

No se trata de ningún modo de hacer estética espiritual, ni de suscitar emociones superficiales: “Colores, luces, gestos, genuflexiones –recuerda el fundador de Taizé–, todos estos elementos tienen una función y un sentido muy simple. Se trata de participar en la oración en nuestra totalidad, y el cuerpo, los ojos, participan del mismo modo que la cabeza, la boca y las orejas. Esta es una verdad simple, que no implica una teoría subyacente a la técnica de la oración⁵”. Es esta una fórmula extremadamente eficaz, porque permite a los expertos, tanto como a los neófitos de la oración, sentarse uno al lado del otro, recurriendo, cada uno a su propio nivel, a una fuente espiritual común. Teológicamente impecable la insistencia en la frecuencia semanal de la celebración del *Triduum Santo*, corazón de la fe cristiana, a cuyo ritmo se da el retorno a las fuentes de la fe. En Taizé la iglesia de la Reconciliación, a lo largo de los años progresivamente transformada, contribuye a la tensión comunitaria del acto litúrgico: la mirada está orientada hacia el altar al centro de un gran presbiterio desnudo, la luz suave reduce las distracciones y exalta los iconos colocados en lugares estratégicos para inspirar la meditación. Además, la casi total ausencia de sillas o bancos, invitación a sentarse en el suelo, contribuye a la disposición interior del abandono. El contacto con el suelo en la oración de postración, aunque muy inusual para el cristianismo occidental, una vez bien integrado, facilita la inserción de los tiempos espirituales en el corazón de un camino que es al mismo tiempo espiritual, físico y emocional, en el cual todas las dimensiones del ser humano están reunidas.

Nadie puede quedar indiferente a las oraciones que marcan el día sobre la Colina, y el silencio, el largo momento de silencio de ocho-diez minutos propuestos después de la lectura de la palabra de Dios, es el testimonio más evidente, que constituye la esencia misma de la oración común en Taizé, quizás incluso más que

4 Frère ROGER, *Ta fête soit sans fin*, citado en C. MONGE, *Taizé*, cit., p.61.

5 Frère ROGER, *A la joie je t'invite. Fragments inédits 1940-1963*, citado en C. MONGE, *Taizé*, cit., p.61.

la canción dulce y sobria. No es una casualidad después de la proclamación de la palabra multilingüe de un breve extracto de la Palabra del día; es un largo tiempo de silencio que connota las tres oraciones diarias⁶.

“Vivimos permanentemente en el ruido y ni siquiera la Colina de Taizé está preservada. Pero cuando, durante la oración, cala el silencio, es como si todos retuvieran la respiración: puede haber cinco mil personas y solo el silencio resuena, sin que nada en torno se mueva, como si cada uno buscara encontrar un momento de reposo en Dios, un Dios que puede asumir la fisonomía del desconocido al lado mío, del otro a acoger así como es”⁷.

Es cierto, la propuesta de una oración silenciosa a quien, a veces, no ha experimentado nunca ni siquiera la oración verbal, es un verdadero desafío, no necesariamente fecundo. Pero el hermano Roger invitaba ya a no detenerse tanto en la aridez del silencio, sino a creer que éste abre a una posibilidad creadora insospechada, porque Cristo reza en nuestro silencio más de cuanto imaginamos, y en comparación con la inmensidad de esta oración de Cristo en nosotros, nuestra oración personal no es más que un pobre sople⁸.

En extrema síntesis, no es excesivo afirmar que en Taizé se vive una especie de anamnesis, es decir un “aquí y ahora” del misterio de la salvación en un misterioso vínculo con los creyentes de todos los tiempos. Si para la teología católica esta experiencia está ligada en modo particular a la Eucaristía, establecida por las palabras de Cristo mismo pronunciadas en la así llamada historia de la institución: “*Hagan esto en memoria mía*” (Lc 22,19), en Taizé y en la intención del Hermano Roger, la *anamnesis* ha significado siempre, antes que todo, un retorno apasionado a la Iglesia indivisa, a la vida de los cristianos de los primeros

6 Desde hace un par de años, la comunidad de Taizé ha creado un nuevo tiempo de oración a las doce del domingo (tiempo bisagra entre la partida de miles de personas que terminan una semana sobre la Colina y la llegada de nuevos huéspedes de la semana que sigue): cerca de una hora de meditación comunitaria completamente silenciosa, focalizada en la impetración del don de la paz. El número de huéspedes presentes en la iglesia es muy limitado y por un espacio de tiempo a menudo menor que la hora propuesta, pero el testimonio coral y sobrio de esta oración silenciosa es una invitación radical a extraer lo esencial de la vida espiritual.

7 C. MONGE, *Taizé, op. cit.*, p. 57.

8 En el silencio, las oraciones estandarizadas fallan, verbalizan pero no expresan toda la oración, y algunas veces son como una defensa frente a la exigente experiencia de lo que parece ser una ausencia más que la presencia del Dios a quien se pensó haber atrapado.

siglos⁹. Ciertamente, cuando en 1972 el hermano Roger se preparaba para recibir el compromiso de por vida en la comunidad del primer hermano católico, era impensable para él asumir esta responsabilidad sin compartir la misma mesa eucarística. Este paso significaba ir en la dirección de una comunión más profunda en el signo del Misterio pascual, pero sin ningún tipo de ruptura con la tradición calvinista de sus orígenes. Hablar de “conversión”, como tantos han hecho en los decenios siguientes, era y es inapropiado, porque el término da a entender una “ruptura” que nunca ha existido. Para el hermano Roger se trataba más bien de entrar progresivamente en una plena comunión con la Iglesia católica, partiendo de dos puntos que nunca tuvo como secretos: recibir la eucaristía y reconocer la necesidad de un ministerio de unidad ejercido por el obispo de Roma¹⁰. Este camino no ha sido comprendido por todos pero ha sido acogido por muchos: por los papas a partir de Juan XXIII, por obispos y teólogos católicos que han ido a celebrar la Eucaristía a Taizé y también por los responsables de las Iglesias protestantes y ortodoxas. Desde hace decenas en Taizé se busca contribuir a una reflexión que ayude a superar el impasse de una Eucaristía que sigue dividiendo más que reuniendo. Con una autorización especial (cuestionado por varias partes) en la Iglesia de la Reconciliación se ofrece la hospitalidad eucarística a aquellos que manifiestan el deseo de unidad y creen en la presencia real de Cristo, conscientes de que la Eucaristía no es solo el culmen de la unidad, sino también el camino hacia la unidad: el lugar donde los creyentes comprenden que son gratuitamente acogidos por el Resucitado que se hace comida y bebida para el camino de la vida y que, precisamente por esto, se convierte en el motivo de una hospitalidad a ofrecer y compartir. Si muchos están dispuestos a apostar por la sinceridad de los jóvenes que asisten a las liturgias de Taizé, no pocos también cuestionan la posible confusión generada por la doble distribución de la Comunión eucarística y el pan bendito, durante la oración de la mañana (con jóvenes formalmente católicos que se alimentarían de un simple pan y varios jóvenes protestantes que se acercarían en cambio a la Eucaristía). Una vez precisado que las informaciones necesarias se dan en modo claro, a cada huésped de la Colina de Taizé, en el momento de la acogida (en síntesis, nadie puede decir que ignora la existencia de tal distinción), es bueno no olvidar que la hospitalidad eucarística, también para los católicos, supone una búsqueda ecuménica que expresa un profundo deseo de unidad y

9 C. MONGE, *Taizé, op. cit.*, pp.66-67.

10 Cfr. J.-M. GUENOIS, *Frère Roger ne s'est pas "converti". Entretien avec fr Aloys*, en *La Croix*, 7/9/2006, consultado en https://www.la-croix.com/Religion/Actualite/Frere-Roger-ne-s-est-pas-converti-NG_-2006-09-06-516310, el 9/10/2017.

que reposa sobre una decisión de conciencia. No hay ninguna generalización en constatar que en lugares como Taizé, lugar permanente de vida ecuménica, la hospitalidad eucarística sea deseable y coherente con la práctica del ecumenismo, que no es tanto un trabajo de mediación entre las Iglesias sino más bien el retorno a una sola fuente, Cristo entre los suyos en el momento de Pentecostés, el comienzo de una Iglesia aún no dividida.

DoSt-I (Dominican Study - Institute)
Couvent des Pères Dominicains
Galata Kulesi sok. 26
Bereketzade mah.
34420 Karaköy – ISTANBUL
clamonge68@gmail.com